

Churchill y los cinco días más largos

Posted on 1 de febrero de 2002 by M. F. Perutz

Al amanecer del 10 de mayo de 1940, las tropas de Hitler penetraron en Bélgica y Holanda. Esa misma tarde Winston Churchill tomaba posesión del cargo de primer ministro de Gran Bretaña. A las siete y media de la mañana del 15 de mayo, Paul Reynaud, el primer ministro francés, despertó a Churchill con la noticia de que los tanques alemanes estaban entrando en Francia a través de las Ardenas, en Sedán. Francia, le dijo, estaba derrotadaPaul Reynaud, *Mémoires: Envers et contre tous*, vol.2, Flammarion, París, 1963..

Churchill se dio cuenta de inmediato de la terrible amenaza que esto representaba para Gran Bretaña. Esa misma tarde le escribió al presidente Roosevelt: «Usted será sin duda consciente de que el panorama se ha ensombrecido rápidamente. Si fuera necesario, continuaremos la guerra solos, y es una idea que no nos da miedo. Pero confío en que se dará cuenta, Sr. Presidente, de que la voz y la fuerza de un Estados Unidos no servirán de nada si se retienen durante demasiado tiempo. Puede encontrarse con una rapidez sorprendente con la realidad de una Europa completamente sojuzgada y nazificada, y el peso puede ser mayor del que podamos soportar».

Churchill se dio cuenta
de inmediato de la

terrible amenaza que
aquello representaba
para Gran Bretaña

Roosevelt envió una respuesta amistosa pero en la que no se comprometía a nada, y a la que Churchill respondió dos días después: «Estamos decididos a perseverar hasta el final sea cual sea el resultado de la gran y encarnizada batalla que se libra en Francia […]. Pero si la ayuda americana quiere desempeñar algún papel debe estar disponible pronto». Churchill tendría que haber escrito «estoy decidido a perseverar…», porque había de convencer aún a sus colegas del Gabinete de Guerra –el pequeño grupo creado para decidir la política de guerra– de que este era el camino adecuado. En sus *Memorias de guerra*, Churchill ocultó generosamente esa batalla para no poner a sus antiguos colegas en una situación embarazosa. John Lukacs la ha extraído de los áridos documentos oficiales y la ha transformado en un apasionante drama histórico, *Cinco días en Londres.* En él muestra que durante esos cinco días cruciales de mayo de 1940, el destino de Europa, y el de buena parte del mundo realmente, dependió del resultado de una discusión entre sólo tres hombres. Lukacs hace que el drama avance sobre un trasfondo formado por las reacciones lentas y a menudo plácidas de numerosos británicos a los desastres que estaban teniendo lugar en Francia y a la amenaza inminente de una invasión enemiga.

El predecesor de Churchill, Neville Chamberlain, se había visto obligado a dimitir de su cargo por una revuelta en la Cámara de los Comunes, pero seguía disfrutando de poderosos apoyos en el Partido Conservador. Inicialmente, los líderes del partido le dijeron al ministro de Asuntos Exteriores, lord Halifax, que sería él a quien recomendarían al rey como sucesor de Chamberlain, pero Halifax no aceptó. La siguiente opción fue Churchill, realmente porque no había ninguna otra persona para el puesto.

Churchill compartió sus responsabilidades con cuatro colegas en el Gabinete de Guerra. Entre ellos estaban Neville Chamberlain, que había accedido al desmembramiento de Checoslovaquia en Múnich en 1938 a cambio de la promesa de Hitler de que una pequeña parte de ese país sería su última demanda territorial, y el ministro de Asuntos Exteriores, lord Halifax, un pilar de la Iglesia y antiguo virrey de la India, que había juzgado ingenuamente a Hitler como simplemente otro líder nacionalista del estilo de Gandhi. Lukacs escribe que en julio de 1938 el ayudante militar de Hitler, el capitán Fritz Wiedemann, visitó a Halifax en su despacho. Según Wiedemann, Halifax lo despidió diciéndole que le «gustaría ver como la culminación de su trabajo al Führer entrando en Londres al lado del Rey entre las aclamaciones de los ciudadanos ingleses». Consciente de su elevado rango tras heredar su vizcondado, había ordenado a sus hijas que se dirigieran a él como «Lord Halifax»Andrew Roberts, *The Holy Fox: A Biography of Lord Halifax,* Weidenfeld and Nicolson, Londres, 1991..

Los otros dos miembros del Gabinete de Guerra eran los más bien taciturnos Clement Attlee y Arthur Greenwood, ambos líderes del Partido Laborista, a los que se acababa de invitar a formar parte del gobierno en aras del interés nacional.



El rey y la mayoría de los miembros del Partido Conservador confiaban en Chamberlain y consideraban a Churchill como un aventurero poco fiable. Churchill era consciente de esto y aún no se sentía seguro en su puesto. Hitler confiaba en que Churchill no duraría mucho; quizá los numerosos pares británicos que le siguieron el juego en los años treinta, como lord Darlington y sus amigos descritos en *Lo que queda del día* de Kazuo Ishiguro, le habían dado esa impresión. Lord Darlington los invita a su residencia campestre un fin de semana para conocer a Ribbentrop, el embajador de Hitler; lord Darlington se había tragado el credo nazi hasta el punto de despedir a sus dos eficientes e inocentes criadas judías. En el mundo real, lord Astor organizó fiestas privadas para Ribbentrop e influyentes simpatizantes nazis británicos en Clivenden, su residencia campestre junto al Támesis; Chamberlain alquiló su casa en la elegante Eaton Square a Ribbentrop mientras él vivía en su residencia oficial; y lord Rothermere, el propietario de un emporio periodístico que incluía el conservador *Daily Mail*, envió el siguiente telegrama a Hitler en 1938: «Mein Führer, su estrella no cesa de ascender cada vez más alto y le deseo el mayor de los éxitos». Lukacs no menciona que altos cargos británicos y americanos rechazaron informes sobre los campos de concentración y las atrocidades nazis como propaganda judía hasta 1945, cuando fueron confirmados por los avances de las tropas aliadas.

Según las *Memorias* de Reynaud, el desastre francés no tenía por qué haber ocurrido. El general alemán Gunther Blumentritt, que estaba al mando del avance sobre Sedán, recordaba no haber encontrado allí ninguna resistencia seria. Reynaud escribió en sus memorias que, a pesar de varias advertencias, este sector se había guarnecido con unas tropas sin apenas mandos y sin que se les proporcionara armamento antitanques y antiaéreo. El rey de los belgas, Leopoldo III, había advertido al general Maurice Gustave Gamelin, el comandante en jefe francés, que la principal ofensiva de los alemanes tendría lugar en torno a Sedán. La inteligencia francesa había informado a Gamelin de intensos reconocimientos aéreos sobre esta zona y de una concentración de pertrechos en la frontera alemana con Luxemburgo, y el agregado militar francés en Berna informó a Reynaud que el ataque estaba planificado entre elRoberts, *The Holy Fox*, pág. 72. y el 10 de mayo, pero, según las memorias de Reynaud, «Gamelin no modificó sus planes ni un ápice». Son pocas las personas que prestan atención a lo que se les dice. Los aliados podían reunir casi el doble de artillería pesada, casi la mitad más de mejores tanques, y casi un tercio más de aviones de guerra que los alemanes, y confiaban en la superioridad de sus fuerzas. Hitler esperaba

una guerra prolongada y el alto mando alemán dudaba de que su ataque surtiera el efecto deseadoVéase Karl-Heinz Frieser, *Blitzkrieg-Legende: Der West-feldzug 1940*, 2ª ed., R. Oldenbourg Verlag, Múnich, 1996. Reseñado por Tobias Jersak, *Historical Reviews*, vol. 43 nº 2 (2000), págs. 565-582.. Su éxito se debió a la debilidad de las defensas francesas cerca de Sedán y a la nueva estrategia del general Heinz Guderian de ataques concertados de tanques y aviones, a los que la poco ágil maquinaria de guerra francesa respondió con excesiva lentitud. El mariscal de campo Gerd von Rundstedt, que estaba a cargo del mando global, tildó su éxito de milagroso. Ernest May escribe en un libro reciente, *Strange Victory*: «La clave fundamental de la historia de la victoria alemana sobre Francia estriba en la imaginación con que los alemanes planificaron la guerra y en la correspondiente falta de imaginación por parte aliada […]. Olvidaron prepararse para la posibilidad de sorpresa»Ernest R. May, *Strange Victory: Hitler'sConquest of France* (Hill and Wang, 2000), pág. 460; reseñado por Rony Judt en *The New York Review of Books*, 22 de febrero de 2001..

Leopoldo III había advertido
al comandante en jefe francés que la principal ofensiva
de los alemanes tendría
lugar en torno a Sedán

El día después de recibir la terrible noticia de Reynaud, Churchill voló a París, donde vio el ominoso espectáculo de los archivos del Ministerio de Asuntos Exteriores consumidos por el fuego en el jardín posterior de la Quai d'Orsay. Gamelin le dijo que las divisiones acorazadas alemanas habían abierto un frente de ochenta kilómetros de ancho y que las habían seguido de inmediato camiones cargados con tropas de infantería. Cuando Churchill le preguntó dónde se encontraban desplegadas sus reservas estratégicas y sus tropas para maniobrar, Gamelin le contestó que no tenía ninguna. En respuesta a la petición desesperada de ayuda, Churchill telegrafió a Londres (utilizando el indostaní como clave) pidiendo que enviaran a Francia otros diez escuadrones de cazas de la Royal Air Force. Lo hizo a regañadientes porque preveía que pronto se necesitarían para la defensa de Gran Bretaña, y más tarde se negó a enviar ninguno más.

Una de las primeras decisiones de Churchill fue destituir del más amplio Gabinete de veinticinco miembros a los principales contemporizadores, sir Samuel Hoare y sir John Simon, y también destituyó a sir Horace Wilson, la eminencia gris del gobierno, sustituyéndolos por hombres decididos a luchar contra los alemanes. Como las noticias que llegaban de Francia empeoraban, Churchill volvió a volar a París el 22 de mayo, acompañado por el jefe del Estado Mayor, sir John Dill. Les informaron que las divisiones de panzer alemanas habían llegado al canal de la Mancha. Esto significaba que el ejército inglés (de unos 200.000 hombres), el ejército belga y un gran ejército francés estaban rodeados por tres flancos y se

enfrentaban bien a su aniquilación o a ser hechos prisioneros, a menos que pudieran escapar a Inglaterra desde Dunquerque, el único puerto que seguía abierto. Para entonces Reynaud había reemplazado ya a Gamelin por un veterano de la primera guerra mundial, el general Maxime Weygand, de 73 años, que presentó a Churchill y Dill un plan de acción conjunto. Las tropas francesas, británicas y belgas atacarían las posiciones alemanas desde el norte y otro ejército francés las atacaría desde el sur.

Pero, ¿no era ya demasiado tarde? A solas con Reynaud, Churchill se lamentó más tarde de que lord Gort, el comandante del cuerpo expedicionario británico, no hubiera recibido orden alguna del alto mando francés durante toda una semana, por lo cual se había arruinado toda posibilidad de realizar un contraataque con éxito. Situado ante la disyuntiva de organizar un contraataque que estaba condenado al fracaso, o salvar el único ejército que tenía Gran Bretaña, Gort ordenó que se retirara a Dunquerque y el Gabinete de Guerra apoyó su decisión unas horas más tarde.

En Londres, el 25 de mayo, Halifax tomó la iniciativa en lo que él pensaba que era el único modo de salvar a Gran Bretaña. Invitó a una reunión al Signor Giuseppe Bastianini, el embajador italiano, al Ministerio de Asuntos Exteriores. Utilizando circunloquios diplomáticos, Halifax tanteó a Bastianini para que indagara con qué concesiones –quizás sobre Gibraltar y Malta– podría sobornarse a Mussolini para que se mantuviera al margen de la guerra y para que intercediera ante Hitler con vistas a convocar una conferencia para un «acuerdo general europeo». La misma idea animó a Halifax a visitar a Hitler, Goering, Goebbels y Schacht en 1937, cuando todos ellos consiguieron embaucarlo. Hitler le había dado a Halifax garantías de sus intenciones pacíficas, aunque unos días antes había reunido a sus principales generales y almirantes y les había dicho que se prepararan para una gran guerra en cinco años. Halifax no hace mención de su acercamiento a Bastianini ni en sus diarios ni en sus memorias.

A las diez de la noche del 25 de mayo, Churchill convocó una reunión del Comité de Defensa en la que dijo que no le sorprendería en absoluto que los alemanes hicieran una oferta de paz a los franceses. Lukacs escribe que «esto era extraordinario. Churchill no sabía nada de las lamentables deliberaciones del Consejo Nacional, que había concluido su reunión hacía una hora aproximadamente». Ese consejo había debatido si Francia estaba obligada por su tratado de alianza con Gran Bretaña a no entablar negociaciones unilaterales con Alemania. Weygand y el mariscal Pétain, el héroe de Verdún en la primera guerra mundial, que tenía ya 84 años y a quien Reynaud había invitado a entrar a formar parte de su gobierno, estaban a favor de las negociaciones antes de que el ejército fuera completamente destruido. Reynaud

propuso volar a Londres a decir a los británicos que Francia continuaría luchando aunque fuera sólo para salvar su honor, pero Weygand insistió en que había de preservarse el ejército como el último instrumento del orden (no para salvar las vidas de sus soldados).

Reynaud propuso volar a Londres a decir a los británicos que Francia continuaría luchando aunque fuera sólo para salvar su honor

El domingo 26 de mayo, Reynaud y una delegación francesa volvieron a consultar al Gabinete de Guerra. Reynaud les dijo que Mussolini estaba a punto de declarar la guerra, lo que obligaría a Francia a movilizar a partes de su ejército para defender su frontera con Italia y exponer sus barcos en el Mediterráneo a los ataques italianos. Preguntó si no podrían ellos tratar de convencer a Mussolini de que cambiara de opinión ofreciéndole una fórmula que satisficiera su amor propio en el supuesto de una victoria aliada, porque Mussolini se encontraría en dificultades si los alemanes perdieran la batalla de Francia. Reynaud informó que tanto Weygand como Pétain eran favorables a un armisticio, pero Churchill, «con el valor de un león», rechazó cualquier concesión a Mussolini. En un almuerzo a solas con Churchill, Reynaud le habló de lo desesperado a corto plazo de la posición militar francesa y dio a entender que si se negaba a firmar los términos de paz impuestos por los alemanes, podría verse obligado a abandonar su cargo.

Horas después, en París, esa misma tarde, Paul Henri Spaak, el ministro de asuntos exteriores belga, esperó a Reynaud en el aeropuerto para decirle que el rey Leopoldo iba a capitular, lo que agravaría los peligros para los ejércitos británico y francés que habían acudido a ayudar a Bélgica. Cuando el Gabinete de Guerra volvió a reunirse esa noche, Churchill dijo: «Si Francia no pudiera defenderse por sí sola, sería preferible que abandonara la guerra a que nos arrastrara a un acuerdo que contendría condiciones intolerables. No habría ningún límite a las condiciones que nos impondría Alemania si se saliera con la suya».

Halifax, por otro lado, y hasta cierto punto Chamberlain, seguían pensando que, con la mediación francesa, podía comprarse a Italia con concesiones territoriales, impidiendo así que entrara en guerra del lado de Alemania, y que Mussolini estaría interesado en organizar una conferencia para un «acuerdo general europeo». Hacia el final de la reunión del 26 de mayo, Halifax presentó un borrador que él atribuyó a Reynaud, pero que Lukacs sospecha que había redactado él mismo: «Si el Signor Mussolini cooperara con nosotros para asegurar un acuerdo sobre todas las cuestiones europeas que salvaguarde la independencia y la seguridad de los aliados, y que pudiera ser la base de una paz justa y duradera para Europa, estaríamos dispuestos a discutir de inmediato, con el deseo de encontrar soluciones, los asuntos en los que el Signor Mussolini está fundamentalmente interesado».

Lukacs concluye que Reynaud había albergado esperanzas de comprar a Mussolini, mientras que Halifax lo había querido para que hiciese de mediador con Hitler. Alexander Cadogan, el secretario permanente del Ministerio de Asuntos Exteriores, resumió así la reunión en su diario: «Él [Churchill] está en contra de la petición final, que quería Reynaud, a Muss. Es posible que tenga razón. No se acordó gran cosa. W.S.C. demasiado divagador y romántico y sentimental y temperamental. El Viejo Neville sigue siendo el mejor del grupo»David Dilts (ed.), *The Diaries of Sir Alexander Cadogan 1938-1945*, Cassell, Londres, 1971..

Churchill se oponía al acercamiento a Mussolini porque pensaba que Hitler lo habría considerado con desprecio, que las posesiones británicas y el resto del mundo lo habrían interpretado como un llamamiento a la paz por parte de Gran Bretaña, y que en el interior del país habría roto la voluntad de luchar. Churchill estaba convencido de que Hitler habría impuesto condiciones humillantes y no habría accedido a firmar ningún acuerdo que no le dejara con un control completo de Europa. Además, como Chamberlain supo por experiencia propia después de Múnich, y como Stalin descubriría el año siguiente, los acuerdos con Hitler carecían de todo valor. Un acercamiento habría sido un paso fatal.

¿Dónde se situaba el «Viejo Neville»? Esto era un asunto crucial, porque la posición de Churchill habría pasado a ser insostenible si tanto Halifax como Chamberlain se hubieran mostrado contrarios a sus tesis. Chamberlain seguía siendo el líder del Partido Conservador, con una amplia mayoría en la Cámara de los Comunes. Tras haber quedado desacreditado por haber creído la promesa de Hitler de que la toma de la parte germanófona de Checoslovaquia constituía «su última demanda territorial», Chamberlain se dio cuenta de que no podía confiarse en Hitler, y en este punto estaba de acuerdo con Churchill. Por otro lado, Halifax creía, e historiadores como John Charmley lo siguen manteniendo hoy díaJohn Charmley, *The End of Glory: A Political Biography*, John Curtis/Hodder and Stoughton, Londres, 1992., que para salvar el imperio británico e impedir una guerra interminable, debería haberse intentado firmar una paz con Hitler, especialmente en la primavera de 1941, después de que la batalla de Gran Bretaña y el bombardeo de las ciudades inglesas mostraron a Hitler que Gran Bretaña no podía ser derrotada. El registro de Goebbels de una conversación telefónica con Hitler el 25 de junio de 1940 sugiere cuáles habrían sido los términos de esa paz: «Llamada del Führer […]. Aún no sabe a ciencia cierta si actuará contra Inglaterra. Cree que el Imperio debe preservarse si es que es posible. Porque si se viene abajo, entonces no lo heredaremos, sino que pasará a ser controlado por poderes extranjeros e incluso hostiles. Pero si Inglaterra va a acabar teniéndolo, entonces hay que derrotarla y humillarla. Al Führer, sin embargo, le parecería bien firmar una paz sobre las siguientes bases: Inglaterra fuera de Europa, devolución de colonias y mandatos. Reparaciones por lo

que nos robaron después de la Guerra Mundial […] a Inglaterra no debe permitírsele librarse fácilmente esta vez»Fred Taylor (ed.), *The Goebbels Diaries1939-1941* , Putnam, 1983, entrada del 25 de junio de 1940, págs. 123-124..

Churchill se oponía
al acercamiento a Mussolini porque pensaba que Hitler
lo habría considerado
con desprecio

La idea de Hitler de gobernar el Imperio quedó clara con el consejo que le dio a Halifax en Berchtesgaden en 1937 en relación con los problemas británicos en India: «Peguen un tiro a Gandhi, y si eso no basta para reducirlos y someterlos, peguen un tiro a una docena de los principales miembros del Congreso; y si eso no basta, peguen un tiro a 200, y así sucesivamente hasta que se restablezca el orden». Hitler pensaba que éste era el modo en que debía comportarse una raza superior 8. Es posible que Hitler llegara a planear realmente que el sueño de Halifax se hiciese realidad en 1938 colocando un rey y un gobierno títeres en Gran Bretaña tras concluir con éxito la invasión. No hay pruebas directas de esto, pero en sus *Memo-rias*, Walter Schellenberg, que estaba al frente del servicio de inteligencia exterior de Hitler, escribe que en julio de 1940 Ribbentrop lo hizo llamar para transmitir la orden bien de secuestrar al duque de Windsor (el depuesto rey Eduardo VIII) y a su esposa de origen americano, bien de atraerlos hacia la órbita de Hitler. En aquel momento, el duque y la duquesa se encontraban de viaje en Portugal y unos amigos españoles los habían invitado a una cacería cerca la frontera española. Schellenberg había de contactar allí con el duque y ofrecerle cincuenta millones de francos suizos si accedía a desvincularse de la familia real británica y trasladarse a España o Suiza; si se negaba, Schellenberg había de quitarlos de en medio a la fuerza, pero asegurándose de no herirlos. El absurdo plan de Hitler fracasó. El duque canceló su participación en la cacería y los portugueses pusieron veinte policías adicionales para protegerlo. Un emisario de Churchill llegó para escoltar al duque y a la duquesa a bordo de un barco con rumbo a las Bahamas, de las que el duque había sido nombrado gobernador por Churchill para tenerlo lejos y a salvo*The Labyrinth: Memoirs of Walter Schellenberg, Hitler's Chief of Counterintelligence*, traducidas por Louis Hagen (Harper, 1956)..

El domingo 26 de mayo se convocó un Día de Plegaria Nacional; el rey, la reina y todos los altos cargos asistieron a un servicio celebrado en la abadía de Westminster. John Betjeman satirizó más tarde sobre el espíritu de este tipo de actos con objeto de levantar el ánimo en un poema, citado por Lukacs, que concluye con la estrofa:

> Ahora me siento un poco mejor:

> ¡qué gusto oír tu Palabra, Señor,
> donde los huesos de prohombres destacados
> han sido tantas veces inhumados!
> Y ahora, amado Señor, no puedo esperar
> porque tengo una cita para almorzar.

El lunes 27 de mayo había comenzado la evacuación del ejército británico de Dunquerque pero, como escribe Lukacs, hasta entonces tan solo 7.700 hombres habían embarcado de regreso a Gran Bretaña. Churchill envió un mensaje al rey Leopoldo suplicándole que no se rindiera porque ello dividiría su nación y la pondría en manos de Hitler, al margen de las desastrosas consecuencias que tendría para sus aliados. Haciendo caso omiso, el rey pidió a los alemanes un alto el fuego a partir de esa medianoche. Churchill hizo llegar un severo mensaje a sus ministros en el que les pedía que utilizaran un tono confiado en sus declaraciones públicas porque la mayoría de la gente se negaría a aceptar una derrota, pero Mass Observation, un sondeo de opinión de la época, informó que algunas de las amas de casa más jóvenes habrían recibido de buena gana a Hitler porque «las cosas no podían ir peor y al menos tendrían a sus maridos de vuelta». Y apenas sabían lo que pasaba.

El 27 de mayo por la mañana, Chamberlain recordó al Gabinete de Guerra el consejo del jefe del Estado Mayor, según el cual la capacidad de Gran Bretaña para resistir dependía del pleno apoyo financiero y económico de los Estados Unidos ya que, de lo contrario, Gran Bretaña no podría pagar las armas que necesitaba para su defensa, a pesar de lo cual seguía sin producirse signo alguno de este apoyo, en parte porque Roosevelt aún no confiaba en Churchill. Aparentemente, Roosevelt esperaba que en caso de que Inglaterra fuera derrotada en tierra, la armada británica acudiría a Norteamérica, pero Churchill le advirtió que no contara con ello. ¿Quería Churchill decir que un gobierno títere respaldado por los nazis podría entregar la armada a Alemania?

En la reunión vespertina, el conflicto entre Halifax y Churchill se agudizó. Lukacs escribe que Halifax se enfrentó a Churchill con su propio borrador de memorándum, «Propuesta de acercamiento al Signor Mussolini», en el que le pedía que mediara ante Hitler. Chamberlain apoyó a Halifax, pensando que era importante por el bien de los franceses, que al menos tendrían la oportunidad de negociar con Italia, pero Churchill mostró su desacuerdo y fue respaldado por sir Archibald Sinclair, el líder del Partido Liberal, que estaba presente en la reunión, porque «cualesquiera debilidades por nuestra parte animarían a los alemanes y a los italianos, y tenderían a minar la moral tanto en este país como en los Dominios». Greenwood dijo: «Si se hiciera público que hemos demandado condiciones a costa de ceder territorio

británico, las consecuencias serían terribles».

El lunes 27 de mayo había comenzado la evacuación
del ejército británico
de Dunquerque

Después de más discusiones, Churchill dijo «que lo agobiaban cada vez más con la inutilidad de la propuesta de acercamiento a Mussolini, que éste consideraría sin duda con desdén […]. La mejor ayuda que podíamos dar a M. Reynaud era hacerle sentir que, pase lo que le pase a Francia, vamos a seguir luchando hasta el final […]. El acercamiento propuesto era no sólo inútil, sino que nos sumía en un peligro terrible». La disputa prosiguió hasta que Halifax preguntó finalmente: «Supongamos que Herr Hitler, deseoso de poner fin a la guerra […] ofreciera condiciones a Francia e Inglaterra. ¿Estaría preparado el Primer Ministro para discutirlas?». Churchill dio la respuesta conciliatoria de que «no se uniría a Francia pidiendo condiciones; pero si le dijeran en qué consistían las condiciones, Churchill estaría dispuesto a considerarlas». En un momento dado, aparentemente cuando más acalorada era su discusión con Halifax, Churchill dijo que estaría deseoso de aceptar una oferta de paz en términos de restitución de las colonias alemanas y dominio territorial de Europa central; pero es posible que esto no fuera más que una estratagema dentro de su polémica con Halifax, sugiriendo que el Gabinete había de esperar a recibir una oferta así en vez de iniciar una negociación con Hitler pidiéndole a Mussolini que ejerciera de mediador. En cualquier caso, Churchill pensaba que se trataba de un tipo de oferta improbable y su negativa a promover cualquier acercamiento a Mussolini es un hecho histórico firmemente documentado.

Al final de la reunión, Halifax le dijo a sir Alexander Cadogan: «No puedo trabajar con Winston ni un minuto más». Pero Cadogan dijo: «Tonterías; sus fanfarronadas probablemente te aburren tanto como a mí, pero no hagas ninguna estupidez por sentir esa presión». Al igual que Churchill, descendiente del gran duque de Marlborough, Cadogan –hijo del quinto conde Cadogan– y Halifax eran también aristócratas cuyos antepasados habían hecho historia, por lo que Churchill les dejaba impávidos. Halifax se quejó de que decía «las paparruchas más horrendas», y a Cadogan le irritaba que fuera «histriónico como un bulldog». Parece haberse dirigido al Gabinete de Guerra como si se tratara de una reunión pública. Halifax le pidió entonces a Churchill que saliera con él al jardín. No hay documentación de lo que hablaron entre ellos, excepto que Halifax le dijo a Cadogan más tarde que Churchill había sido muy afectuoso, pero Lukacs cree que Churchill le dejó muy claro a Halifax que su dimisión provocaría una gravísima crisis nacional. Por otro lado, Churchill no pudo convencerlo de que pedirle a Mussolini que mediara ante Hitler sería inútil.

El 26 de mayo, Cadogan escribió en su diario: «Cuánta tensión: cada día y cada hora viendo

los hechos más horribles […]. Una pesadilla ininterrumpida […]. Que Dios me conceda poder seguir adelante sin perder la fe o los nervios. M. cansado, pero no puedo ni pensar cómo pueden hacerle frente los otros: Jefes del Estado Mayor, etc.». Pero esto fue lo que escribió de Churchill su secretario privado, John Colville: «La laboriosidad de Winston es impresionante». Se dice que las crisis le sentaban de maravilla, pero su actitud apunta a que la tensión también hizo mella en él. El 27 de junio su esposa, Clementine, le escribió: «Uno de los hombres de nuestro entorno (un amigo leal) ha venido a verme y me ha dicho que existe el peligro de que no gustes generalmente a tus colegas y subordinados por tus maneras rudas, sarcásticas y autoritarias. Parece que tus Secretarios Privados han acordado comportarse como colegiales y "aceptar lo que les caiga encima" y luego huir de tu presencia encogiéndose de hombros. Más arriba, si se sugiere una idea (una reunión, digamos), se supone que eres tan despectivo que entonces ya no surgirá ninguna idea, buena o mala […]. A excepción del Rey, el Arzobispo de Canterbury y el Presidente del Parlamento puedes destituir a todos y cada uno de ellos. Por eso, con este tremendo poder debes combinar cortesía, amabilidad y, si es posible, una calma olímpica»Mary Soames (ed.), *Speaking for Themselves: The Personal Letters of Winston andClementine Churchill*, Doubleday, 1998, pág. 454..

Su hija, Mary Soames, que editó las cartas de su madre y su padre, cree que Churchill se tomó este consejo a pecho, escribiendo que «aunque durante los años de su mayor poder podía ser temible y poco razonable, muchas de las personas que trabajaron directamente a sus órdenes durante aquellos años atroces han dejado testimonio no sólo de su admiración por él como jefe, sino también de su amor por un ser humano cálido y simpático».

El 28 de mayo, la discusión entre Churchill y Halifax, recogida en detalle por Lukacs, llegó a su cenit. Halifax decía que la embajada italiana quería que el gobierno ofreciera un claro indicio de que acogería con agrado una mediación por parte de Italia. Churchill dijo que estaba claro que el propósito francés era ver al Signor Mussolini actuando como un intermediario entre nosotros y Herr Hitler, pero que él estaba decidido a no jugar esa baza. Dijo que las condiciones de Hitler, en caso de ser aceptadas, nos pondrían completamente a su merced; las naciones que caían luchando volvían a levantarse, pero las que se rendían estaban acabadas. Halifax argumentó que nada de lo que sugería podía ni siquiera remotamente describirse como una capitulación definitiva, pero Churchill pensaba que la proporción era de mil a uno en contra de que a Gran Bretaña le propusieran unas condiciones aceptables. Tras darse cuenta de que no podía hacer más progresos, Churchill pidió entonces a los veinticinco miembros de su Gabinete, diferentes de los que integraban el Gabinete de

Guerra, que se reunieran con él en su despacho de la Cámara de los Comunes. Después de informarles de las dificultades de sacar al ejército de Dunquerque, y subrayando la inutilidad de entablar negociaciones con Hitler, Churchill dijo: «Por supuesto, pase lo que pase en Dunquerque, seguiremos luchando». En sus *Memorias de guerra*, describió la escena que tuvo lugar a continuación: «Entonces se produjo una situación que, teniendo en cuenta el carácter de la reunión –veinticinco políticos y parlamentarios experimentados, que representaban todos los diversos puntos de vista, tanto acertados como equivocados, sobre la guerra–, me sorprendió. Un buen número de ellos parecieron saltar de la mesa y venir corriendo a mi silla, gritándome y dándome palmaditas en la espalda. No hay duda de que si en este momento hubiera titubeado lo más mínimo en mi puesto al frente de la nación me habrían echado a rastras de mi cargo. Estaba seguro de que todos los ministros estaban dispuestos a morir muy pronto, y a que mataran a su familia y destruyeran sus posesiones antes que ceder»Extracto de las *Memorias de guerra* de Churchill, citado por Lukacs..

A Labour Minister's Memoirs, de Hugh Dalton, confirma la descripción de la escena ofrecida por ChurchillHugh Dalton, *A Labour Minister's Memoirs, The Fateful Years*, Friedrich Muller Ltd., Londres, 1957.. Por contraste, Dalton cuenta que en una de sus primeras visitas a Halifax en el Ministerio de Asuntos Exteriores durante esos días críticos, Halifax le preguntó con un aire plácido: «¿Has oído alguna de las historias sobre la posibilidad de una invasión alemana? Eso sería un gran aburrimiento».

Esa tarde, a las siete, volvió a reunirse el Gabinete de Guerra. Cuando Churchill les contó su reunión con los demás ministros, Halifax sacó a relucir un plan de Reynaud para pedir ayuda a Roosevelt. Churchill «pensaba que un llamamiento a los Estados Unidos en este momento sería totalmente prematuro. Si opusiéramos una audaz resistencia a Alemania, eso provocaría su admiración y su respeto; pero un llamamiento de rodillas, si se hiciera ahora, tendría el peor efecto posible. En consecuencia, se mostró contrario a realizar acercamiento alguno sobre el tema en este momento».

Chamberlain no se opuso. El asunto quedó zanjado.

Lukacs concluye que Hitler no estuvo nunca más cerca de la victoria definitiva que durante esos cinco días de mayo de 1940, y que el único hombre que se interpuso en el camino de Hitler fue Churchill. Él y Gran Bretaña podrían no haber ganado la guerra sin la Unión Soviética y los Estados Unidos, pero en mayo de 1940 Churchill, respaldado por el Gabinete, fue el único que no la perdió. Churchill encarnó el espíritu impertérrito y desafiante de Gran Bretaña; gracias a él Gran Bretaña se convirtió en el símbolo de esperanza para millones de personas en la Europa ocupada por los nazis.

Hitler no estuvo nunca más cerca de la victoria definitiva que durante esos cinco días de mayo de 1940

Para los lectores más jóvenes, aquellos hechos pueden parecer ahora casi tan remotos como la Revolución francesa, pero para quienes los vivimos de lleno la pesadilla de que Hitler fuera a obtener un dominio incontestado de Europa está todavía tan fresca como si hubiera ocurrido ayer. El libro de Lukacs me ha hecho ser consciente de que nuestra deuda contraída con Churchill por impedir que la pesadilla se hiciera realidad es incluso mayor de lo que pensaba.

El 4 de junio, Dunquerque cayó en manos de los alemanes pero, milagrosamente, casi 220.000 soldados británicos y 123.000 franceses, además de 34.000 vehículos, habían sido ya evacuados para entonces a Inglaterra. El resto de los pertrechos se perdieron, pero al menos el núcleo de los hombres adiestrados quedó intacto. El 10 de junio Mussolini declaró la guerra a Francia y Gran Bretaña. El 17 de junio el mariscal Pétain sustituyó a Reynaud, que se había mantenido tan firme como Churchill en la decisión de seguir luchando; habría de pasar cuatro años y medio en campos de prisioneros alemanes. En septiembre, la Royal Air Force ganó la batalla de Gran Bretaña y ahuyentó la amenaza de una inminente invasión nazi. Los diarios de Goebbels están llenos de su propia frustración y de la de Hitler por la resistencia constante de Inglaterra, así como del violento odio que sentían por Churchill. El 16 de junio de 1941 Goebbels escribió en su diario: «El bolchevismo debe ser destruido y con ello Inglaterra perderá su último aliado posible en el continente europeo».

Provocar esa pérdida para Gran Bretaña parece haber sido uno de los motivos de Hitler para su ataque a la Unión Soviética. El 22 de junio de 1941 los ejércitos alemanes invadieron Rusia, por lo que Gran Bretaña ya no se encontraba sola luchando. El 11 de diciembre Hitler aseguró el triunfo final de Churchill declarando la guerra a los Estados Unidos.

El relato de Lukacs no es nuevo. El libro *A Certain Eventuality*, de P. M. H. Bell, publicado en 1974, contiene un breve relato de las discusiones entre Churchill y HalifaxP. M. H. Bell, *A Certain Eventuality...:Britain and the Fall the France*, Saxon House, Farnborough, 1974., pero Lukacs lo ha transformado en un drama memorable. He echado en falta un mapa en el que se mostrara Sedán, así como las posiciones de los ejércitos francés, británico, belga y alemán al comienzo de la batalla, porque sin él no podía captar del todo la terrible amenaza que suponía para estos ejércitos el avance alemán. Lukacs se circunscribe en gran medida a las versiones británicas de los hechos. Menciona el intercambio de visitas entre Churchill y Reynaud, pero para leer lo que acaeció en ellas tuve que acudir a las bien documentadas memorias de este último. La inclusión de citas de fuentes francesas y alemanas habrían dibujado un cuadro más completo de los hechos, pero el apasionante relato de Lukacs de un

acontecimiento decisivo de la historia posee la virtud de la concisión.

Traducción de Luis Gago.

© The New York Review of Books www.nybooks.com

Autor: JOHN LUKACS

Edicion: Turner / Fondo de Cultura Económica, Madrid

Paginas: 256 págs.

Precio: COMPRAR ESTE LIBRO

Titulo: Cinco días en Londres, mayo de 1940